

---

# *La tutoría doctoral*

## *Una visión desde san Ignacio de Loyola*

David Velasco Yáñez, S.J.\*



### **Introducción**

De entrada puede parecer paradójico tratar de reunir tres universos en apariencia diversos y dispersos: la tutoría —como quiera que se le entienda—, el proceso de hacer un doctorado y la inspiración de san Ignacio de Loyola.

En el Doctorado en Filosofía de la Educación del ITESO se pretende hacer de la relación tutorial el eje fundamental del proceso de formación. La experiencia espiritual de Ignacio de Loyola, universitario en París y fundador de la Compañía de Jesús, puede iluminar este proceso.

Hay un referente mayor, que se conoce como la pedagogía ignaciana. Sin desconocerla del todo, el referente que se toma es el conjunto de anotaciones del libro de los *Ejercicios espirituales*, que son una serie de recomendaciones prácticas tanto para el que “hace” los ejercicios, como para el que “los da”.

Creemos encontrar una analogía profunda entre el proceso de la práctica de los ejercicios espirituales y el proceso tutorial como práctica académica. En ambos se da el diálogo como espacio de encuentro entre tutor y tutorado, entre director y ejercitante. La experiencia de san Ignacio de Loyola como director de ejercicios puede iluminar y enriquecer la experiencia de los tutores en esa maravillosa aventura de acompañar el proceso de formación de un doctor. Experiencia que, por otra parte, no está exenta de riesgos, dificultades, conflictos, frustraciones y doctorados inconclusos y abortados.

En este artículo se recorre cada una de las anotaciones de los *Ejercicios espirituales* para rescatar de ahí las recomendaciones prácticas para una tu-

toría productiva, enriquecedora y en la que realmente se dé un proceso de aprendizaje tanto en el tutor como en el tutorado.

De hecho se puede hacer una lectura de las anotaciones estableciendo la analogía entre los ejercicios espirituales y la práctica académica doctoral. Se subraya el carácter doctoral aun cuando sea aplicable esta analogía en casi cualquier proceso pedagógico centrado en el diálogo.

1ª. La primera anotación es que, por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende *todo modo de examinar la consciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental*, y de otras espirituales operaciones, según que adelante se dirá. Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera todo modo de preparar y disponer el ánima, *para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y ballar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima*, se llaman ejercicios espirituales.

Los ejercicios espirituales, como las prácticas académicas de un doctorado, son actividades mentales con finalidades diversas. En el primer caso se pretende lograr un orden de vida con sentido; en el segundo, la producción de nuevo conocimiento.

2ª. La segunda es, que la persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar, debe *narrar fielmente la historia* de la tal contemplación o meditación, discurriendo solamente por los puntos con *bre-*

---

\* Profesor e investigador del Departamento de Estudios Sociopolíticos y Jurídicos del ITESO, tutor de investigación del Doctorado en Filosofía de la Educación.



*Sin título*, de la serie “Chinerías”, óleo sobre lámina, 8 x 12 cm, 1998, colección Carlos Ashida.

*ve o sumaria declaración*; porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, *discurriendo y racionando por sí mismo y ballando alguna cosa* que haga un poco más declarar o sentir la historia, quier por la ración propia, quier sea en quanto el entendimiento es ilucidado por la virtud divina; *es de más gusto y fructo spiritual*, que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia; porque *no el mucho saber barta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente*.

La recomendación es clave para el proceso tanto de los ejercicios espirituales como de la tutoría. Al tutor, como al director de ejercicios, le corresponde “narrar fielmente la historia”, es decir, el contenido y objeto de la actividad concreta. Al tutorado le corresponde “discurrir por sí mismo” para encontrar lo que busca, porque —y aquí está el consejo ignaciano— “es de más gusto y fruto espiritual”, pues no es el saber enciclopédico y erudito lo que deja

satisfecho al estudiante y tutorado, sino su capacidad de “sentir y gustar de las cosas internamente”.

Aquí conviene subrayar que uno de los mayores riesgos y tentaciones de los estudiantes del doctorado radica en una sobreabundante acumulación de saberes, lecturas y teorías que poco o nada ayudan en el proceso de construcción de nuevo conocimiento.

El saber erudito no es un conocimiento en profundidad ni, mucho menos, un nuevo saber. La advertencia ignaciana radica en el corazón, el sentir y gustar de los nuevos hallazgos, descubrimientos, intuiciones controladas y el proceso metodológico riguroso que implica la producción de nuevo conocimiento.

Por otro lado, san Ignacio llama la atención de que el tutor debe ser muy conciso, “narrar fielmente la historia” y no hablar mucho en grandes discursos, como si tuviera especial necesidad de mostrarse sabio y muy científico. Es parte del trabajo y del esfuerzo del tutor, pues para “narrar

---

fielmente la historia”, requiere de un amplio criterio y conocimiento comprensivo del proceso que sigue su tutorado. Porque la “historia” que se narra tiene que ver más con las inquietudes y preguntas del estudiante y mucho menos, si no es que poco o nada, con las inquietudes y preguntas del tutor. Esto no quita que haya un buen nivel de diálogo, pero en el fondo, implica un respeto profundo por el proceso académico e intelectual del estudiante, como adelante veremos.

3ª. La tercera: como en todos los ejercicios siguientes espirituales usamos de los actos del entendimiento discurriendo y de los de la voluntad afectando; advertamos que en los actos de la voluntad, quando hablamos vocalmente o mentalmente con Dios nuestro Señor o con sus santos, *se requiere de nuestra parte mayor reverencia* que quando usamos del entendimiento entendiendo.

En la mentalidad renacentista era muy clara la distinción entre los actos de la voluntad y los actos del entendimiento. Desde una epistemología de inspiración zubiriana, vamos comprendiendo los actos de una inteligencia sentiente, indisociada de la voluntad y, por lo tanto, podemos hablar de un corazón comprensivo.

En el proceso tutorial son más los aspectos afectivos y emocionales que ocurren que los que imaginamos o suponemos. Buena parte de las dificultades iniciales en un doctorado, las que se presentan a medio camino, e incluso al final del proceso, tienen que ver con bloqueos o facilitadores afectivos.

Los mismos que ocurren a lo largo del proceso de producción de nuevo conocimiento. Las “adherencias” a posturas teóricas son más emocionales que científicas, en el sentido más estricto de la palabra. De ahí la recomendación ignaciana para esos aspectos afectivos: “se requiere de mayor reverencia”, es decir, de mayor atención y cuidado, del tutor y del tutorado.

4ª. La cuarta: dado que para los ejercicios siguientes se toman cuatro semanas, por corresponder a cuatro partes en que se dividen los ejercicios; es a saber, a la primera, que es la consideración y contemplación de los pecados; la 2ª es la vida de Christo nuestro Señor hasta el día de ramos inclusive; la 3ª la pasión de Christo nuestro Señor; la 4ª la resurrección y ascensión, poniendo tres modos de orar; tamen no se entienda que cada semana tenga necesidad de siete u ocho días en

sí. Porque como acaesce que en la primera semana *unos son más tardos para ballar lo que buscan*, es a saber, contrición, dolor, lágrimas por sus pecados; asimismo como *unos sean más diligentes que otros, y más agitados o probados de diversos spíritus*; requiérese algunas veces acortar la semana, y otras veces alargarla, y así en todas las otras semanas siguientes, buscando las cosas según la materia subiecta; pero poco más o menos se acabarán en treinta días.

¿Cuánto dura un doctorado? Pregunta reiteradísima en los ambientes académicos. El consejo ignaciano advierte sobre la importancia de distinguir las cualidades y limitaciones de los candidatos a un doctorado, dado que “unos son más tardos en hallar lo que buscan [...] otros son más diligentes, y más agitados o probados de diversos spíritus”. Una de las dificultades típicas del comienzo de todo doctorado está en la definición y el acotamiento del objeto de estudio. De tal manera que unos lo construyen con mayor facilidad que otros, pero nunca faltan los que “son agitados o probados” por diversas tensiones de todo tipo, desde la confusión, la falta de claridad, el no acabar de saber qué se quiere con el doctorado y, sobre todo, cuando viene la aridez mental o, por el contrario, una efervescencia intelectual en la que aparecen, casi con el mismo atractivo, diversos objetos de estudio, casi todos atractivos.

De ahí que un doctorado puede durar de tres a siete años; pero, parafraseando a san Ignacio, un buen doctorado “poco más o menos se acabará en cuatro años”.

5ª. La quinta: al que rescibe los ejercicios, *mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor*, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad.

Esta recomendación práctica de san Ignacio nos lleva a cuestionarnos por el interés real de un estudiante que se acerca a un programa doctoral. El interés real se opone al interés manifiesto. A la capacidad real, aludida en el apartado anterior, se agrega aquí el interés, la motivación. Para nadie es un secreto que, ante el fenómeno de la masificación de los títulos universitarios, ha crecido la demanda de los posgrados, y en particular de los doctorados. Este fenómeno hace más cuidadosa la selección de los candidatos, a través de

una definición más clara de los perfiles de los aspirantes y la verificación de sus capacidades reales. Aun así no dejan de colarse estudiantes de doctorado que, teniendo capacidades reales, su motivación no siempre es tan clara y manifiesta.

El consejo ignaciano mira a que el candidato aporte sus mejores recursos, “con grande ánimo y liberalidad”, es decir, con la mayor generosidad posible, para una empresa que exige de por sí sacrificios, atención, perseverancia y constancia, pues lo mismo que ocurre con el ejercitante, de “ofrecer todo su querer y libertad”, el candidato al doctorado es conminado a tomar la misma actitud en el proceso de construir nuevo conocimiento.

6ª. La sexta: el que da los ejercicios, quando siente que al que se exercita no le vienen algunas mociones spirituales en su ánima, assí como consolaciones o desolaciones, ni es agitado de varios spíritus, *mucho le debe interrogar cerca los ejercicios*, si los hace a sus tiempos destinados y cómo; asimismo de las addiciones, si con diligencia las hace, pidiendo particularmente de cada cosa destas...

El proceso doctoral no se realiza en el mar de la tranquilidad. Se trata de un proceso vital en el que lo mismo ocurren tormentas que tiempos tranquilos y en ocasiones se navega “viento en popa”. Cuando parece que al estudiante no le sucede nada fuera de lo común, san Ignacio recomienda que se le interrogue de manera especial cómo hace su trabajo, incluso los tiempos reales dedicados al estudio o a la redacción; preguntarle si va encontrando gusto en lo que hace, si hay alguna dificultad y, en particular, cuando Ignacio habla de las “addiciones” se refiere a consejos todavía más prácticos como, por ejemplo, la postura corporal, la comida y el sueño, hasta recomendar alguna práctica “para encontrar lo que busca”.

El tutor de un candidato a doctor no es precisamente un inquisidor. Pero la experiencia acumulada le permite interrogar acerca de asuntos muy prácticos, que pueden permitirle a su tutorado remover algunos obstáculos que le impiden avanzar en su trabajo, hasta los pormenores fisiológicos.

7ª. La séptima: el que da los ejercicios, si vee al que los rescibe, que está desolado y tentado, no se haya con él duro ni desabrido, *mas blando y suave*, dándole ánimo y fuerzas para adelante; *y descubriéndole las astucias del enemigo de natura humana*, y haciéndole preparar y disponer para la consolación ventura.

San Ignacio describe algunas características de un buen director de ejercicio. Valen, salvando las diferencias, para un buen tutor. Si en la anotación anterior proponía una manera de interrogar al candidato a doctor, en ésta advierte sobre los momentos y las situaciones de dificultad, y aun de crisis existencial, que suelen ocurrir en los que estudian algún doctorado, por ejemplo ante la ruptura de esquemas teóricos y metodológicos, o la caída de creencias ordinarias. El estudiante puede entrar en periodos más o menos largos de confusión y crisis.

San Ignacio recomienda ser “blando y suave” con el estudiante y, sobre todo, motivarlo y animarlo a salir adelante, pero en particular explicarle algunas de las posibles causas de su crisis y confusión y prepararlo para momentos de clarificación.

Con esta recomendación entramos a un terreno que dejaremos de lado por ahora, pues se trata del discernimiento ignaciano, que supondría otro tipo de abordaje, igualmente académico, sólo para recuperar una de las aportaciones más valiosas de la experiencia espiritual de san Ignacio de Loyola.

Las “astucias del enemigo de natura humana”, en la experiencia de quienes hacen un doctorado, se refieren a los momentos de crisis y dificultad experimentadas, pero sobre todo a las tentaciones y los riesgos a los que se expone el estudiante, que con facilidad se desanima sin acabar de comprender la causa de la dificultad que se le ha presentado, ya sea por cansancio, el lenguaje difícil de algún autor o la misma falta de transparencia personal para comprender lo que ocurre.

Las consolaciones y desolaciones en la vida académica pueden ser, por lo tanto, momentos de mayor lucidez o de franca oscuridad en el trabajo intelectual. Al tutor le corresponde un trabajo paciente, de atenta escucha y, sobre todo, explicar posibles causas de las dificultades y preparar el terreno para una iluminación próxima.

8ª. La octava: el que da los ejercicios, *según la necesidad que sintiere en el que los rescibe*, cerca de las desolaciones y astucias del enemigo, y así de las consolaciones; podrá platicarle las reglas de la 1ª y 2ª semana, que son para conocer varios spíritus.

Esta recomendación es a la que aludíamos con anterioridad. Al tutor le corresponde una cierta clarificación del proceso académico del tutorado, ordinariamente afectado por momentos de lucidez y de oscuridad. Por ahora no entramos a explicar el

---

método del discernimiento de espíritus propuesto por san Ignacio, aplicado a la tutoría.<sup>1</sup>

Lo que sí puede quedar en claro es que al tutor le corresponde estar atento a las necesidades reales del estudiante, no necesariamente a sus necesidades expresadas y sentidas. La diferencia es que el tutorado puede verbalizar de una manera un problema que no siempre corresponde a su versión formulada. La escucha atenta del tutor puede explicar de otra manera el problema presentado. El diálogo fecundo, es decir la escucha atenta de ambas partes, puede clarificar el problema y la necesidad del estudiante. Lo que sí habría que evitar es que el tutor imponga una visión y, por lo tanto, un quehacer que no ayudará al estudiante.

Este proceso de diálogo es una manera de realizar el discernimiento espiritual, que en el caso concreto de la tutoría doctoral es un proceso de discernimiento académico que busca la verdad de la realidad y construir nuevo conocimiento.

9<sup>a</sup>. La nona es de advertir, quando el que se exercita anda en los exercicios de la primera semana, si es persona que en cosas spirituales no haya sido versado, y *si es tentado grosera y abiertamente*, así como mostrando impedimentos para ir adelante en servicio de Dios nuestro Señor, como son trabajos, vergüenza y temor por la honra del mundo, etc.; el que da los exercicios, no le platique las reglas de varios spíritus de la 2<sup>a</sup> semana; porque quanto le aprovecharán las de la 1<sup>a</sup> semana, le dañarán las de la 2<sup>a</sup>, *por ser materia más subtil y más subida que podrá entender*.

Pareciera una obviedad esta recomendación de san Ignacio. Sin embargo, tiene su malicia en el proceso doctoral. Construir conocimiento nuevo es un proceso harto difícil. Ordinariamente conviene seguir los pasos que se ha visto que conviene seguir si se quiere obtener el fruto. No es posible plantear una verificación del conocimiento nuevo construido cuando ni siquiera se tiene precisado el objeto de estudio, ya no digamos el proceso de investigación.

Paralelo al proceso de los ejercicios espirituales, que comienzan con un cierto poner en orden la casa, el doctorado comienza con una revisión a fondo de los presupuestos y de las creencias ordinarias del estudiante, en vistas a definir su proyecto de investigación.

La “tentación grosera y abierta” de cualquier estudiante de doctorado, en su primera fase, es dar por supuesto que ya definió su objeto de estudio y

no tiene nada que agregar a su proyecto de investigación, es decir, dar por supuesto que ya se sabe el camino que se va a andar, que ya se sabe por dónde ir y, por consiguiente, que no es necesario poner en tela de juicio la *doxa*, la creencia ordinaria de todos los conocimientos adquiridos con anterioridad.

Las reglas de la segunda semana, nos dirá san Ignacio, “son materia más sutil”, y se aplican sin dificultad al proceso de investigación y, después a la fase final del doctorado, en la elaboración de la tesis. Esa materia más sutil se refiere a las tentaciones ordinarias del trabajo de campo en cualquiera de sus modalidades, pero sobre todo en la reflexividad y vigilancia epistemológica que debe acompañar todo el proceso de observación, entrevista o encuestas.

La recomendación de san Ignacio al tutor sería no adelantar explicaciones que no correspondan al momento del estudiante y que difícilmente las va a comprender.

10<sup>a</sup>. La décima: quando el que da los exercicios siente al que los rescibe, que *es batido y tentado debaxo de especie de bien*, entonces es proprio de platicarle sobre las reglas de la segunda semana ya dicha. Porque *comúnmente el enemigo de natura humana tienta más debaxo de especie de bien* quando la persona se exercita en la vida iluminativa, que corresponde a los exercicios de la 2<sup>a</sup> semana, y no tanto en la vida purgativa, que corresponde a los exercicios de la 1<sup>a</sup> semana.

Esta recomendación es un claro ejercicio de discernimiento. En los ejercicios espirituales suele sucederle al que se ejercita que entra fácilmente en grandes devociones y fervores crecidos. Ahí es donde san Ignacio advierte que hay “tentación con apariencia de bien”. Análogamente, puede suceder en el proceso tutorial que afloren intuiciones o luces que adelanten el trabajo de la investigación o en el proceso redaccional. Afirmaciones que pueden impactar al estudiante pero que no tienen suficiente sustento ni en la investigación ni en el modelo teórico que se trabaja. Durante el trabajo de campo suele presentarse la tentación de terminarlo antes de tiempo, o de reducir una entrevista o, lo que es peor, dar por supuesta una evidencia que no es tal. Es decir, el camino del doctorado es un camino minado, lleno de trampas y desviaciones. El falso entusiasmo por un resultado en apariencia obtenido es lo que nos advierte san Ignacio en esta anotación.

11ª. La undécima: al que toma ejercicios en la 1ª semana *aprovecha que no sepa cosa alguna de lo que ha de hacer en la 2ª semana*; mas que así trabaje en la 1ª, para alcanzar la cosa que busca, como si en la 2ª ninguna buena sperase hallar.

La base y el cimiento de un buen doctorado está en un buen proyecto de investigación, que a su vez descansa en la formulación del problema o del hecho social al que quiere aportar nuevo conocimiento. De esta forma, una buena definición del problema es, dicen, la mitad de su solución.

Para san Ignacio los ejercicios espirituales pueden dar suficiente fruto con sólo hacerlos bien en la primera semana, máxime si se sigue el conjunto de la dinámica de los ejercicios. Un buen doctorado se realiza desde una buena cimentación. El proceso tutorial debe centrarse en el momento correspondiente a la formulación del objeto de estudio, el planteamiento de la hipótesis orientadora o el proyecto de investigación, sin que haya distracción alguna en lo que sería el proceso de redacción de la tesis.

12ª. La duodécima: el que da los ejercicios, al que los recibe ha de advertir mucho, que como en cada uno de los cinco ejercicios o contemplaciones, que se harán cada día, ha de estar por una hora, así procure siempre que el ánimo quede harto en pensar que ha estado una entera hora en el ejercicio, y antes más que menos. Porque *el enemigo no poco suele procurar de hacer acortar la hora* de la tal contemplación, meditación o oración.

Nueva recomendación para el ejercitante y el candidato a doctor que tiene que ver de manera directa con una cierta disciplina, constancia y perseverancia. Porque suele suceder que la ausencia de estas cualidades en los estudios doctorales —o en casi cualquier tipo de estudio— hace presa fácil al estudiante del desánimo, la desidia que, como explicará san Ignacio en sus reglas de discernimiento, son fuentes claras de “desolación”, es decir, de oscuridad y confusión en la actividad académica. De ahí la importancia de que en la tutoría aparezca con más claridad el estado de ánimo que va prevaleciendo en el trabajo doctoral, sobre todo porque cuando hay lucidez y entusiasmo se hace corto el tiempo dedicado; en cambio, cuando se camina cuesta arriba los tiempos se alargan. Este es uno de los aspectos en los que el método del discernimiento puede ayudar mucho a los tutorados,

pero sobre todo para que en la tutoría aparezca con mayor claridad, para tomar cartas en el asunto y actuar en consecuencia, como recomienda san Ignacio.

13ª. La terdecima: asimismo es de advertir que, como en el tiempo de la consolación es fácil y leve estar en la contemplación la hora entera; así en el tiempo de la desolación es muy difícil cumplirla; por tanto, la persona que se ejercita, por hacer contra la desolación y vencer las tentaciones, debe siempre estar alguna cosa más de la hora cumplida; *porque no sólo se avece en resistir al adversario, mas aun a derrocalle*.

Aquí san Ignacio advierte sobre la cualidad que debe adquirir el ejercitante, y en nuestro caso el estudiante del doctorado: adiestrarse no sólo en resistir al “adversario” —todos los impulsos interiores que bloquean o dificultan el avance del trabajo académico— sino hasta derrotarlo. Y esto será el resultado de un trabajo sistemático, consistente, bien orientado y con resultados de avance que se pueden ir constatando a través de la tutoría. De nueva cuenta, el papel del tutor es clave en este adiestramiento, no sólo por la mayor o menor experiencia, sino porque es el observador externo y el acompañante del trabajo del estudiante del doctorado.

14ª. La quatordecima: el que los da, si vee al que los rescibe que *anda consolado y con mucho herbor*; debe prevenir que no haga promessa ni voto alguno inconsiderado y precipitado; y quanto más le conosciere de ligera condición, tanto más le debe prevenir y admonir. Porque, dado que justamente puede mover uno a otro a tomar religión, en la qual se entiende hacer voto de obediencia, pobreza y castidad; y dado que la buena obra que se hace con voto, es más meritoria que la que se hace sin él; *mucho debe de mirar la propria condición y subiecto*, y cuánta ayuda o estorbo podrá hallar en cumplir la cosa que quisiese prometer.

Como en las anotaciones 7 y 10, san Ignacio advierte al tutor que sea muy precavido también en los momentos de gran entusiasmo y lucidez que suelen vivir los estudiantes, debido a un hallazgo particular, con el resultado exitoso de algún trabajo o el mismo avance en el proceso de la investigación. Suele suceder que en ese momento se hacen grandes propósitos para ampliar el campo de la investigación, para hacer un mayor número de entrevistas o cualquier otro tipo de “voto inconsiderado”. El tutor debe estar muy atento para

evitar que sucedan estas cosas y ayudar al alumno a poner los pies en la tierra; sobre todo, nos dice Ignacio, si sabe que el estudiante es “de ligera condición”; el término “sujeto” que utiliza el autor de los ejercicios espirituales tiene que ver con una persona capaz y competente.

Pero la llamada de atención más importante tiene que ver con el papel de observador atento que debe cumplir el tutor, quien no deberá influir en las decisiones que tome el estudiante en su proceso doctoral. Distinto es el caso de las sugerencias, propuestas y orientaciones.

El estudiante no es un servidor incondicional del tutor, no es su ayudante de investigación, como suele suceder en muchas tutorías doctorales. Siempre quedará abierta la pregunta de hasta dónde debe llegar la sugerencia del tutor y hasta dónde el trabajo creativo del estudiante. En esta anotación san Ignacio recomienda al tutor “mirar la propia condición y sujeto”.

15<sup>a</sup>. La decimaquinta: *el que da los ejercicios no debe mover al que los rescibe más a pobreza ni a promessa, que a sus contrarios, ni a un estado o modo de vivir, que a otro. Porque, dado que fuera de los ejercicios*

lícita y meritoriamente podamos mover a todas personas, que probabiler tengan subiecto, para elegir continencia, virginidad, religión y toda manera de perfección evangélica; tamen en los tales ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, *que el mismo Criador y Señor se communique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante.* De manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra; mas estando en medio como un peso, dexé inmediate obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor.

En relación directa con la anotación anterior, y salvadas todas las diferencias entre hacer ejercicios espirituales y la práctica académica del doctorado, el tutor debe dejar hacer con amplitud al tutorado en su búsqueda de la verdad en profundidad, de manera que actúe de manera directa sobre su objeto de estudio sin más interferencias que las propias del trabajo de investigación y la resistencia de la realidad que va a ser descubierta en su realidad profunda, para que el tutor permita la interacción inmediata entre la realidad y el estudiante que la



*Sin título*, de la serie “Chinerías”, óleo sobre lámina, 8 x 12 cm, 1998, colección Carlos Ashida.

quiere atrapar, hasta descubrir que es la realidad la que nos arrastra y nos tiene atrapados.

16ª. La decimasexta: para lo qual, es a saber, para que el Criador y Señor obre más ciertamente en la su criatura, *si por ventura la tal ánima está afectada y inclinada a una cosa desordenadamente*, muy conveniente es moverse, poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario de lo que está mal afectada; así como si está afectada para buscar y haber un officio o beneficio, no por el honor y gloria de Dios nuestro Señor ni por la salud espiritual de las ánimas, mas por sus propios provechos y intereses temporales, debe affectarse al contrario, instando en oraciones y otros ejercicios espirituales, y pidiendo a Dios nuestro Señor el contrario, es a saber, que ni quiere el tal officio o beneficio ni otra cosa alguna, si su divina majestad, ordenando sus deseos, no le mudare su afección primera. De manera que la causa de desear o tener una cosa o otra, sea sólo servicio, honra y gloria de la su divina majestad.

Ésta es una de las recomendaciones más finas y sutiles que hace san Ignacio para el que hace ejercicios y que mucho ayuda para el que hace un doctorado. El investigador tiene, en el control de los principales obstáculos que desvían su investigación, uno de los quehaceres más difíciles de realizar, incluso para investigadores con amplia experiencia. ¿Qué puede “afectar e inclinar a una cosa desordenadamente” en el trabajo de investigación o en el estudio? El sociólogo francés Pierre Bourdieu<sup>2</sup> menciona tres: el origen social, con toda su carga simbólica; la trayectoria académica y la relación de establecimientos escolares por donde se ha pasado, y el tercero y más importante, el sesgo intelectual, es decir, la influencia teórica más persistente y desde la cual tendemos a mirar el conjunto de la realidad y, por lo tanto, el modo como construimos el objeto de estudio y el proceso de investigar y constatar sus resultados.

Uno de los aspectos que más habría que cuidar en el proceso tutorial es las “adherencias mentales”, que tienen mucho de adhesiones acrílicas y, por lo mismo, mucho de ilusión.

Una de las primeras crisis en el proceso doctoral es la puesta en cuestión radical de nuestras creencias intelectuales.

17ª. La decimaséptima: mucho aprovecha, el que da los ejercicios, no queriendo pedir ni saber los propios pensamientos ni peccados del que los rescibe, *ser informado fielmente de las varias agitaciones y pensa-*

*mientos, que los varios spíritus le traen*; porque según el mayor o menor provecho *le puede dar algunos espirituales ejercicios convenientes* y conformes a la necesidad de la tal ánima así agitada.

La recomendación ignaciana mira al contenido propio del proceso tutorial: dar cuenta de lo que le ocurre al estudiante, no tanto de los resultados de su trabajo. También esto. Pero lo importante es lo que le ocurrió al estudiante, en función de lo cual san Ignacio recomienda sugerencias prácticas para que avance en todo lo conseguido, según va viendo las necesidades del estudiante.

De nueva cuenta san Ignacio subraya la centralidad del proceso en el estudiante y no en el tutor, en el que hace los ejercicios espirituales y no en el que los dirige. La tutoría debiera evaluarse más en función de que las necesidades del alumno vayan siendo satisfechas y no tanto en la cantidad de sugerencias del tutor o el tamaño de la bibliografía recomendada. Una desviación que puede ocurrir en la tutoría es el énfasis que el tutor ponga en sus inquietudes y necesidades, que ordinariamente quedan ocultas bajo la apariencia de una buena propuesta o una atinada observación.

18ª. La décimo octava: según la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales, es a saber, según que tienen edad, letras o ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios; porque no se den a quien es rudo o de poca complisión cosas que no pueda descansadamente llevar, y aprovecharse con ellas. Asimismo según que se quisieren disponer, *se debe de dar a cada uno*, porque más se pueda ayudar y aprovechar... si el que da los ejercicios viere al que los recibe ser de poco subiecto o de poca capacidad natural, de quien no se espera mucho fruto ...

Esta anotación nos remite a las primeras recomendaciones que hace san Ignacio y ayuda mucho a los responsables de la selección de candidatos a evaluar su capacidad y disposición para realizar estudios de doctorado. Pero una vez seleccionados, la recomendación ignaciana subraya el carácter personalizado del acompañamiento tutorial, que “se debe dar a cada uno”. En ejercicios espirituales la recomendación mira a no dar más materia si la persona no tiene la capacidad de asimilar y comprender el conjunto de la metodología. Al doctorado no debieran llegar sino aquellos a quienes se les ve “subiecto” explícito o potencial y que se puede ir verificando sobre la marcha.

19ª. La diecinueve: al que estuviere embarazado en cosas públicas o negocios convenientes, quier letrado, o ingenioso, tomando una hora y media para se exercitar, platicándole para qué es el hombre criado, se le puede dar asimismo por espacio de media hora el examen particular, y después el mismo general, y modo de confesar y tomar el sacramento, haciendo tres días cada mañana por espacio de una hora... después por otros tres días a la misma hora...

De esta anotación surgen los “ejercicios espirituales en la vida ordinaria”. Para el trabajo de la tutoría doctoral, se supone que nadie hace un doctorado mientras está ocupado en otros quehaceres. Resulta muy difícil. De ahí la importancia de que el tutor vaya verificando, con el tutorado, la aplicación real de los tiempos y sus resultados. Dispersar la atención de la mente es el mayor de los obstáculos para la realización de un buen doctorado, como se observa en la siguiente y última anotación que no requiere mayor comentario si la leemos en la clave de tutoría doctoral:

20ª. La vigésima: al que es más desembarazado y que en todo lo posible desea aprovechar, dénese todos los ejercicios espirituales por la misma orden que proceden, en los cuales por vía ordenada tanto más se aprovechará, quanto más se apartare de todos amigos y conocidos, y de toda solicitud terrena; así como mudándose de la casa donde moraba, y tomando otra casa o cámara para habitar en ella, quanto más secretamente pudiere; de manera que en su mano sea ir cada día a missa y vísperas, sin temor que sus conocidos le ha-

gan impedimento. Del qual apartamiento *se siguen tres provechos principales, entre otros muchos*: el primero es, que en apartarse hombre de muchos amigos y conocidos, y asimismo de muchos negocios no bien ordenados, por servir y alabar a Dios nuestro Señor, no poco merece delante su divina majestad; el segundo, estando así apartado no teniendo el entendimiento partido en muchas cosas, mas poniendo todo el cuidado en solo una, es a saber, en servir a su Criador, y aprovechar a su propia ánima; usa de sus potencias naturales más libremente, para buscar con diligencia lo que tanto desea; el tercero quanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para se acercar y llegar a su Criador y Señor; y quanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y summa bondad.

Sin comentarios. La tutoría doctoral es, en síntesis, un ejercicio espiritual de escucha atenta del tutor, quien facilita el interés expresivo del alumno, y entre quienes discernen la búsqueda de la verdad para producir nuevo conocimiento, socialmente relevante y con capacidad de modificar la realidad. ▲

## Notas

- 1 No deja de ser interesante un abordaje al discernimiento espiritual aplicado al proceso tutorial. Sin embargo, por el alcance de este artículo, queremos concretarnos sólo a las anotaciones. Un abordaje a las reglas de discernimiento nos llevaría más lejos
- 2 Bourdieu, Pierre y Loïc J.D. Wacquant. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, 1995, es de lo más revelador de esta situación señalada por san Ignacio.



Sin título, de la serie “Chinerías”, óleo sobre lámina, 8 x 12 cm, 1998, colección Carlos Ashida.